

Allanado, pues, el camino de la política de la mejor manera posible, como había allanado con inmensas dificultades, como hemos visto, el de la guerra, Morelos después de su costoso triunfo de Acapulco, solo se detuvo ya á arreglar en unos cuantos días lo mas indispensable y el primero de Setiembre se despidió de Galeana y previno á su secretario que se alistara para que partieran aquella misma tarde.

Galeana salió á acompañarle dos leguas, no solo para recibir sus últimas instrucciones, sino para estar junto con su jefe algunas horas mas, y al darle el último adios Morelos le dijo con ternura:

—Adios, mi querido Galeana, quien sabe si volveremos á vernos, aunque no voy muy léjos; pero Dios me es testigo de que les tengo mas temor á nuestros políticos que á todas las balas y metrallas de los enemigos.

—Sí, nos volveremos á ver, mi general, exclamó Galeana abrazándolo, sin poder contener una lágrima.

—En marcha, Rossains, dijo Morelos á su secretario fingiendo energía, pero en realidad notándose que las palabras se le atragantaban.

## CAPITULO XLVII.

### EL CONGRESO DE CHILPANCINGO.

La convocatoria que había expedido Morelos desde Acapulco, para que se reuniera el congreso en la ciudad de Chilpancingo, fijaba la fecha del 8 de Setiembre para que se celebrara la primera Junta; pero aunque él estuvo exacto á la cita, segun su costumbre, no habían aparecido aún los tres miembros del antiguo gobierno y pocos de los diputados nuevamente electos se habían presentado, los cuales, por las dificultades de los caminos, comenzaron á llegar en los días siguientes.

—Bueno! exclamó Morelos luego que estuvo instalado en el buen alojamiento que se le dispuso, dirigiéndose á su secretario Rossains; ya perdí seis meses en el sitio de Acapulco y ahora falta que pierda otros seis meses en instalar este congreso que consi-

dero tan necesario para que puedan salvarse los principios de la revolucion.

—Yo creo, le contestó Rossains, que los miembros de la antigua Junta de gobierno no vendrán.

—¿Y por qué no han de venir?

—Porque á las claras han estado demostrando que no quieren congreso, sino mandar ellos solos como Junta Ejecutiva.

—El caso es que en algun día tenemos que organizarnos para que nos establezcamos sobre sólidos cimientos.

—Es la verdad, excelentísimo señor; pero la vanidad humana es tan grande que hasta el sacrificio de la vida se hace muchas veces por tal de ganar un título ó una dignidad.

—Todas las luchas humanas llevan ese fin comunmente, menos cuando son como la que nosotros sostenemos, que ha de redundar en beneficio de toda la nacion.

—Pero los que hacen el primer papel en ella quieren que les sea benéfica á ellos mismos.

—Por supuesto que debe serles tambien benéfica.

—Ellos la quieren con preponderancia.

—Pues bastante preponderancia es estudiar y dictar las leyes á que todos en lo sucesivo estaremos obligados á dar acatamiento.

—El hecho es que ni Rayon, ni Cos, ni Liceaga han acudido presurosamente á la cita como esperábamos.

—El Dr. Cos llegará antes de ocho días, segun me avisa y Verdusco de un momento á otro, pero siempre es fuerza tener en consideracion que están en campaña y que no es tan fácil ni venir con tropas sin peligro de ser atacados, ni venir solos con el peligro mas grande aún de ser capturados.

—Sin embargo, vuestra excelencia pudo dar término á sus operaciones, que eran mas delicadas, en el tiempo preciso.

—Y ahora podemos dedicar los días que nos quedan libres hasta que se reuna un número suficiente de diputados, en perfeccionar los documentos que vamos á someterles.

Como se vé, Morelos se salía hábilmente de una conversacion peligrosa que podía llevarlos á mayores recriminaciones contra los de la Junta.

Como se ve tambien, el secretario Rossains que era un licenciado un poco díscolo y revoltoso, atizaba la discordia soplando mala voluntad contra sus compañeros en el primer caudillo de la independencia.

De allí en adelante se consagraron ambos al trabajo mas asiduo mientras llegaba el día 13 que se habia fijado definitivamente para la reunion del congreso.

Morelos habia hecho una especie de reglamento interior de la asamblea para sus debates y principales determinaciones, habia escrito así mismo unas bases generales de principios políticos sobre las cuales pudiera descansar la futura constitucion.

Habia formulado así mismo algunos decretos con que debia inaugurarse el nuevo período de la revolu-

cion y habia estado redactando algunos manifiestos con que aquellos debian ir acompañados, para lo cual le servia mucho Rossains, principalmente en la correccion del estilo lo mismo que para dar á cada documento una forma un poco mas adecuada á las circunstancias y en consonancia con las acostumbradas en las naciones que empezaban á darse el nombre de cultas. Por lo demas, Morelos se bastaba solo para discurrir lo que le parecia mas conveniente, pues ademas de que no era una inteligencia vulgar, estaba ya empapado en las exigencias de la revolucion y sabia perfectamente lo que más convenia por de pronto á los destinos del pueblo mexicano.

—¿Ya estamos? preguntó Morelos al brigadier Dr. Velasco que entró muy temprano á su habitacion el mismo dia 13 señalado por la reunion.

—Sí, excelentísimo señor, todo está listo, contesto Velasco.

—Pues vamos.

Y á renglon seguido Morelos se colocó sus principales insignias militares y se dirigió á la iglesia seguido de Velasco, Rossains y sus ayudantes.

Despues de la misa el Dr. Velasco dijo un sermón exhortando á los presentes á que estuvieran juiciosos en la Junta y de la iglesia pasaron todos á un departamento contiguo, en donde lo primero que se hizo fué lo que reza el acta siguiente:

“En la ciudad de Chilpancingo, á 13 de Setiembre de 1813, reunidos todos los electores de la Provincia de Tecpam para votar el representante que como

miembro del supremo congreso nacional componga el cuerpo deliberante de la nacion: celebrada la misa de Espíritu Santo y exhortados en el púlpito por el Dr. D. Francisco Lorenzo de Velasco, de alejar de sí toda pasion, interes y convenio antecedente en un asunto que es de la mayor importancia á la nacion, y para el que deben ser elegidos los hombres de mas conocida virtud, acendrado patriotismo y vasta literatura: concluido el sacrificio de la misa y leído por mí el reglamento para el mejor orden de las votaciones y arreglo de las primeras sesiones del congreso, se procedió á la votacion, entregando cédulas firmadas, y proponiendo en ternas con designacion del primero, segundo y tercer lugar cada elector, que lo fueron por Coahuayutla el Sr. cura D. Mariano Salgado.—Por Petetan y Guadalupe, el bachiller Manuel Diaz.—Por Coyuca, D. Manuel Atilano.—Por la congregacion de fieles de Acapulco, D. Julian Piza.—Por Chilpantzingo, D. Vicente Garcia.—Por Tlalachalpa, D. Pedro Villaseñor.—Por Huetamo, D. Pedro Bermeo.—Por Ometepec, D. Manuel Ibarra.—Por Xamiltepec, con poder, D. Francisco Moctezuma.—Por Xustlahuaca, D. Juan Pedro Ruiz Izquierdo.—Por Tlapa, el cura D. Mariano Gonzalez, de cuyos sufragios resultaron votados el Sr. vicario general Lic. D. Manuel de Herrera, con once votos; el Dr. D. José Maria Cos con siete; el Lic. D. Juan N. Rossains con cinco; el Lic. D. Andres Quintana con cuatro; el Dr. D. Francisco de Velasco con dos; el Lic. D. Carlos M. de Bustamante con cuatro; el ba-

chiller D. Rafael Diaz con dos; el cura D. Mariano Salgado con uno; el cura D. Mariano Patiño con uno, y siendo el de mayor número de estos el Lic. D. José Manuel de Herrera, vicario general, fué reconocido en el acto por diputado, representante de la provincia de Tecpam. Y para que en todo tiempo haya la debida constancia de este acto, sobre las cédulas y poderes que quedan en el archivo de esta secretaria general, firmaron este instrumento todos los electores, con el excelentísimo Sr. general: ante mí de que doy fé.—José Maria Morelos.—Lic Juan Nepomuceno Rossains, secretario.—Mariano Garnelo.—Juan Pedro Ruiz Izquierdo.—Manuel José de Ibarra.—Bachiller José Antonio Gutierrez.—José M. Morales.—Pedro Bermeo.—Manuel Estéban Atilano.—Como diputado por Tecpam y apoderado de Coahuayutla, Manuel Diaz.—Pedro Villaseñor.—Bachiller Nicolás Diaz.—Vicente Antonio Garcia.—Julian Piza.—Francisco Moctezuma.—Es copia fiel etc., etc.”

Parece que este era un simple colegio electoral en el que se declaró que once votos daban la mayoría absoluta sobre treinta y siete; pero se supone que fué la verdadera apertura del congreso de Chilpancingo, porque á renglon seguido, ó á raiz de esa declaracion, como se dice ahora, el secretario Rossains hizo uso de la palabra para dar lectura á una especie de manifiesto del general Morelos conteniendo los siguientes puntos esenciales: Primero. En su concepto debia nombrarse un gefe superior del ejército independiente al cual obedecerian todos sin réplica, para que este

puddera dar organizacion á las fuerzas dispersas y establecer un sistema de campaña fructuoso, sin cuya unidad de mando era de todo punto imposible que la revolucion alcanzara buen éxito. Segundo. Habia tenido por conveniente aumentar el número de los individuos de la Junta, reuniendo á los que la formaban antiguamente otros nuevos, porque en aquellos habia penetrado la division y de esa manera podria obtenerse que hubiera una mayoría mejor inspirada en los sacrificios que debian hacerse en favor de la patria. Tercero. Que habia hecho el uso que habia podido de los poderes y facultades con que lo habia investido el primer caudillo de la independencia Miguel Hidalgo y Costilla y que en aquel momento daba cuenta de su conducta, pudiendo presentar como conquistadas para la causa nacional, las poblaciones que existian desde Tehuantepec hasta Colima. Cuarto. Que consideraba haber dado lleno á la mision que se le habia confiado y que en tal virtud desde aquel momento quedaba á disposicion de la Junta para que esta dijera si le permitia retirarse ó si por ser merecedor de su confianza podia seguir combatiendo contra el poder usurpador.

—Pido la palabra, dijo el Dr. Velasco luego que se concluyó de dar lectura al documento.

—Tiene la palabra el Sr. Dr. D. Francisco Lorenzo Velasco.

—La he pedido ante la alta Magestad de esta ilustre Asamblea, sin saber si me corresponde, porque todavia no he sido designado por los electores para

ser representante, con el fin de enaltecer las altas virtudes, el gran celo patriótico y el valor indomable del invicto general de nuestros ejércitos, que paseando su espada triunfadora desde el Sur hasta el Oriente, ha humillado á las legiones españolas que tenían la sin par indelicadeza de llamarse las invencibles, y desde los Callejas hasta los Saravias, desde los marqueses y condes de la primera sangre hasta los esclavos de las haciendas de Yermo, todos han probado la omnipotencia de su brazo, la ternura de su corazón, las agudezas de su ingenio y los destellos deslumbrantes de su fortuna, habiendo los mas de ellos mordido el polvo de sus plantas. ¿A quien si no á este esclarecido caudillo, digno émulo de Pirro y de Alejandro, de César y de Bonaparte, podemos encomendar mejor la honra de nuestros hierros, la venganza de las iniquidades que se nos han hecho sufrir por tres centurias y el triunfo ansiadísimo de nuestras banderas que deben ser tremoladas cuanto antes en los palacios de los vireyes? ¿A quien si no al invicto Morelos debemos confiar esas conquistas de fama, de gloria y de libertad, para las que se necesitan no solo el valor ciego que no mira adelante sino el genio guerrero y la perspicacia?

El valiente doctor siguió menudeando términos y concluyó haciendo proposición formal para que se nombrara á Morelos generalísimo de las armas, se le diera el poder ejecutivo y tuviera en todos los ramos de administracion facultades amplias y extraordinarias.

Los pobres diputados y electores que estaban allí reunidos solo se veian unos á otros muy aturridos y como preguntándose si acaso para eso habian andado tantas leguas, una vez que las facultades las tenia y las habia tenido siempre el Sr. Morelos, como que en virtud de ellas los habia convocado dándoles hasta sus mismos nombramientos que bien podia revocar á la hora que quisiera, y se veian unos á otros tambien como extrañando que el mismo predicador que les habia dicho por la mañana que debian pedir la inspiracion del Espíritu Santo, fuera el mismo que venia á desempeñar á tal personaje y andaban vacilando sobre lo que harian, cuando Quintana que era jóven y audaz, se atrevió á decir:

—Esto no es fácil de resolverse así de una pluma, mada, tanto más cuanto que el Sr. general Morelos ha hecho renuncia del mando del Ejército.....

—He hecho mi renuncia ante la soberanía de esta Junta y la ratifico, contestó Morelos.

El salon estaba apretado de militares, que unos habian asistido como curiosos y otros como delegados y todos se unieron para gritar con uniformidad:

—Pedimos que no se acepte la renuncia del Sr. Morelos; ¡fuera de aquí los que no quieren que siga mandando el ejército de los independientes el general Morelos! ¡fuera! ¡fuera! ¡fuera los discolos! ¡fuera los traidores!

Y de este modo la gritería fué aumentando hasta formarse casi un motin.

Fué necesario que Morelos, que se habia ausenta-

do momentáneamente para dejar al congreso deliberar con libertad, regresará llamado con urgencia por los vocales para que con su presencia se apaciguaran los ánimos que se habían exaltado á un grado terrible.

Entonces Morelos con toda calma dijo:

—No se debe obligar á nadie á dar su voto contra su conciencia ni en negocios sencillos, mucho menos en uno tan grave como el que se ventila ahora: yo ruego á los concurrentes guarden compostura y á los miembros del Congreso que se sirvan suspender su sesión por dos ó tres horas para que mediten la resolución que haya de darse.

El asunto era tan obvio que antes de dos horas, ya estaban todos los diputados de vuelta, dispuestos á confirmar en el acto el nombramiento de generalísimo en favor de Morelos, rehusándole toda renuncia.

Entonces Morelos aceptó con algunas condiciones que casi eran innecesarias, una vez que en lo sucesivo á nadie tenia que dar cuenta de su conducta, obrando en una órbita de facultades sin limitación; pero nadie puso reparo en ellas y prestó el juramento de defender los derechos de la nación mexicana y desempeñar lo mejor que pudiese el empleo de generalísimo que el congreso nacional le había conferido.

Después de esto siguió el Te Deum, los tres días de fiestas patrióticas con parada militar y salvas de artillería, todo con gritos de júbilo y aplausos de la concurrencia.

Aunque la Junta anterior había funcionado como congreso se vió seguramente que no lo era, porque

estaban mezclados electores y otros individuos que no tenían ninguna representación, quedando después como verdaderos representantes de la opinión los siguientes, que son los que deben considerarse en realidad como diputados fundadores del congreso de Chilpancingo.

Por Valladolid, el Dr. Verduzco.—Por Guadalajara, D. Ignacio Rayon.—Por Guanajuato, D. José María Liceaga.—Por Tecpam, D. José Manuel Herrera.—Por Oaxaca, D. José M. Murguía.—Por México, el Lic. D. Carlos María Bustamente. Por Puebla, D. Andrés Quintana Roo.—Por Veracruz, el Dr. Cos.—Secretarios, sin el cargo de diputados, D. Cornelio Ortiz de Zárate y D. Carlos Enriquez del Castillo.

Aquellos padres de la patria no fueron muy simples, pues que lo primero que hicieron fué decretarse un sueldo de seis mil pesos al año, cantidad que muy escasamente ganan en dos los actuales.

En seguida decretaron también que al Congreso se le llamara "Magestad," á los diputados "Excelencia" y al generalísimo "Alteza."

—¿Alteza á mí? dijo Morelos indignado, é inmediatamente publicó una proclama manifestando que él no era ni podía ser otra cosa mas que "siervo de la Nación" y que así pedía que todos le llamasen.

Siempre los aduladores forman los déspotas; pero ante el buen sentido de Morelos, todos los de aquella época se engañaron miserablemente.

Se siguió perdiendo el tiempo, como se pierde siem-

pre que se gasta en asuntos políticos, hasta el 6 de Noviembre en que se aprobó la acta de independencia que contiene estos puntos principales:

“El Congreso de Anáhuac declara: que queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan; para hacer la guerra y la paz; declara como reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores de obra, palabra ó por escrito, ya negándose á contribuir para los gastos de la guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras. Dado en el Palacio de Chilpancingo, á los seis días del mes de Noviembre de 1813.” Siguen las firmas.

El pobre cura Morelos que fué el alma de todo este negocio, pues le urgía que se estableciera el principio de la independencia sin máscara ninguna; porque Rayon y todos los demas la proclamaban con el adeseo de Fernando VII, Morelos, decimos, perdió en la inactividad otros cuatro meses más con los asuntos políticos; pero con todo y eso siempre exclamaremos: ¡Loor eterno al Congreso de Chilpancingo!

## CAPITULO XLVIII.

### GENERALISIMO

Habian pasado tres meses desde la instalacion del congreso de Chilpancingo y uno de la solemne declaracion de la independencia hecha por aquella patriota asamblea, cuando el pueblecillo de Carácuaro engalanado como para una gran fiesta, presentaba un aspecto particular, el 12 de Diciembre de 1813. De allí habia salido el humilde cura D. José Maria Morelos saltando tapias y con mil dificultades, llevando por ejército á dos criados fieles y ahora se encontraba de regreso despues de tres años de extraordinarias expediciones y campañas, convertido, si no en el orgulloso generalísimo revestido de un poder absoluto, con el nombre modesto en la apariencia de siervo de la Nacion, al menos en el militar endurecido en las guerras, acostumbrado ya al mando y con el engrei-